

XXXIII

Perdonen los jóvenes autores, que por varios periódicos y particularmente me han enviado una carta abierta, mi tardanza en contestarles. Falta de salud, no de buena voluntad, ha sido culpable de mi descortesía.

Cuenten ustedes con que no han de hallar en mi respuesta ni desdenes ni adulaciones. Tienen ustedes mucha razón de su parte, pero no toda la razón; por lo menos, en los medios que quisieran ustedes emplear para imponerla.

Aun las dificultades para darse á conocer un autor son muchas, no lo niego, y no pretenderé consolarles con la consideración de que son ahora mucho menores que en mis tiempos, con el recuerdo de luchas y amarguras propias, con el sinnúmero de obras que yo hube de escribir antes de lograr que se representara una, no la mejor, de las que tenía escritas, que alguna fué después también representada con mejor éxito que la primera. Todo esto que digo pudiera ser

consuelo, pero no remedio, y como dice Brabancio en «Otelo»: Nunca se curaron heridas del corazón con emplastos para los oídos. Ustedes hablan por su herida y es justo acudir á ella con algún remedio práctico. Este sólo puede consistir en buena voluntad por parte de todos; de ustedes en primer término, trabajando con fe, con entusiasmo, sin desmayar por la primera, ni la segunda, ni muchas obras rechazadas. Todo llega á su hora, cuando debe llegar. ¡Si ustedes supieran cuántas veces me he alegrado después de no haber empezado demasiado pronto!

Las empresas, dicen ustedes, no admiten obras de los desconocidos; desconfían de ellas. No obstante, en estos cuatro ó cinco años últimos ha aumentado la lista de autores seguramente en doble número que en cualquier período anterior de veinte años. Esto prueba mayor fecundidad ó mayor consumo; de cualquier modo, más facilidades. Las empresas no temen tanto los fracasos posibles como los falsos éxitos. He aquí la plaga que todos debemos combatir. Los estrenos con el teatro lleno de amigos y abarrotado de *claque*; la crítica abrumada de recomendaciones. Nuestra crítica es con exceso benévo-

la; de ahí que alguna, vez, cuando deja de serlo, parezca injusta. El público, cansado ya de ver obras muy aplaudidas y muy celebradas que no corresponden á sus esperanzas, acaba por no acudir ni á los estrenos como la firma del autor no le dé alguna garantía. Teatro ha habido que bien pudo poner en sus puertas: «Cerrado por éxitos». Todas las obras eran ovacionadas y ninguna daba dos reales. Esto hace á las empresas huir de los estrenos y preferir el repertorio, de no contar con obras de alguna garantía, siquiera para que el público acuda al estreno. Hay autores que se contentan con esta *gloriola* del parecer y no ser, y salen á escena tan satisfechos, sabiendo que todo el teatro ha sido regalado por ellos y que las críticas ó sencillas gacetillas del día siguiente les ha costado más pasos y más recomendaciones que trabajo les costó componer la obra.

Y ¡pobre empresario si ante el vacío de los días siguientes se decide á retirar la obra!— ¡Cómo! ¡Un éxito de público y de prensa! ¡Y la obra tal que fué pateada sigue en el cartel todavía!—¿Qué quiere usted?—protesta el empresario.—La gente viene á verla.—Ellos no comprenden que de un pateo del público verdadero

pueda salir una obra con más vida que de los aplausos de un público amañado.

Verdad en los estrenos; equidad en la crítica. He aquí la mejor garantía para las empresas. Límitese el número de billetes de autor, suprimase la *claque*, si es posible, y déjense de recomendaciones para la crítica. ¡Una friolera! Dirán ustedes. No es tan difícil el remedio. Bastaría con que la Sociedad de Autores publicara el ingreso verdad de cada estreno y las empresas el número de localidades regaladas. A mí no me duelen prendas.

Ya es más difícil y atentatorio á la libertad de los empresarios, dueños de un negocio, imponerles la obligación de estrenar ó de no estrenar obras de determinados autores. En primer lugar, ¿dónde empieza, y sobre todo, dónde y cuándo acaba lo que ustedes llaman *firmas*? Y suponiendo que los autores se dividieran en categorías y solo pudieran estrenar en los teatros de categoría correspondiente, ¿cómo impedir las representaciones de obras del repertorio, que serían obstáculo á los noveles, lo mismo que los estrenos de *firmas*?

No puede decirse tampoco que éstas han abusado de un perfecto derecho á estrenar en los

cines. Ni podrá suponerse que ha sido por idea de lucro. Cualquiera de las obras estrenadas en ellos, en teatros de mayor categoría les hubiera producido cuatro veces más en menor número de representaciones. Estoy seguro de que algunos de estos escritores de firma no han llevado más idea que la de complacer á un empresario ó á un actor amigo; la de favorecer con la mejor voluntad á un género de teatros populares que merece toda simpatía. Es injusto acusar de egoísmo ni de pretensiones de monopolios á estos autores. Cada uno de ellos recomienda por lo menos cinco ó seis obras de autores noveles por temporada.

Mucho más diría á mis amables y simpáticos comunicantes si no temiera entrar en particularidades poco interesantes para el público.

Tengo mucho gusto en ponerme á su disposición para hablar más largamente de este asunto y perdonen si la contestación no fué del todo á gusto suyo. Ya empecé diciendo que no hallarían en ella ni desdenes ni adulaciones.



XXXIV

Si en España no pensara una el bayo y otra el que lo ensilla, y el bayo mejor que el palafrenero, en poco hubiera estado no tener nuestro poquito de asunto *Dreyfus*, con su guerra civil *ideal*, al grito de ¡Patria, patria! de una parte, y de otra al de ¡Humanidad, humanidad! Por fortuna, ó por desgracia, no hay asunto que nos interese más de cuatro días, y á las cuestiones ideales se sobreponen las personales, que son las que más nos preocupan. Todo cede ante el interés de los nuevos nombramientos. La designación de un gobernador importa más que nada; dentro de poco las elecciones, y vamos viviendo.

En el extranjero, aunque en apariencia parezca un disfavor, nos hacen el favor todavía de juzgarnos fanáticos luchadores por las ideas... Sí, sí; ¡buenas ideas nos dé Dios! ¡Personas, personas y personas! como diría Hamlet, si hubiera nacido español. Somos realistas, en el sentido filosófico de la palabra. Aquí las personas

no son símbolo de nada, sino de su persona misma. Se dirá que hay pocas personas capaces de elevarse hasta el símbolo. Pero, no; son creyentes los que faltan, no son santos. Con un poco de devoción no es difícil levantar altares.

Ahora, digamos: ¿Por qué siendo el pueblo más indiferente en todo, en Religión, en Política, en Arte, nos damos traza para parecer á los extraños un pueblo intolerante y fanático? ¿Es todo desconocimiento de los extranjeros, ó no habrá algo de culpa por nuestra parte? Esto es lo que debe interesarnos más que todos los dimes y diretes de casa y de fuera de casa. ¿Por qué somos una cosa y parecemos otra? O ¿es que nosotros mismos no nos damos cuenta de lo que somos ni de lo que parecemos? Es lo que importa averiguar. Nada más triste que la inconsciencia para los pueblos y para las personas. Fanáticos por una idea, tuerta ó derecha, todavía podemos parecer grandes; inconscientes de todas, sólo podemos parecer ridículos.

* * *

¿Quién había de decirnos, pocos días antes que, en esta próxima conmemoración de los difuntos, nuestro más fervoroso responso sería

por el partido conservador? ¡No somos nada! A bien que los conservadores podrán consolarse con la idea de que en este país no se puede ser cosa mejor que difunto. Por algo, entre nosotros, tiene su conmemoración tanto de fiesta pagana, con su bulliciosa visita á los cementerios, el vistoso adorno de sepulturas, sus buñuelos de viento y sus representaciones del «Tenorio», á modo de auto sacramental, más regocijado que severo. Tierra de un glorioso pasado, nuestro mayor consuelo está en los muertos. Hay quien llora todavía por Felipe II, y quien suspira por no haber conocido á Doña Juana la Loca.

Al político joven y bien intencionado se le abruma con el recuerdo de Cisneros, y al escritor novel se le aplasta con la balumba de nuestra literatura clásica. Inútil escribir después de Cervantes; vano esfuerzo pintar después de Velázquez.

Lo que puede uno hacer de más provecho es... hacerse el muerto. Esto es lo que acaso no comprende el partido conservador, que ahora quiere mostrarse más *vivo* que nunca. ¡Gran desconocimiento de sus intereses! La agitación de tantos años de mando no puede por menos de haber alterado su organismo. Nada mejor que

el reposo y el silencio. Es el mejor sistema curativo para la neurastenia. Crean en mi consejo desinteresado: cuanto más quietecitos y más muertos parezcan, más pronto lograrán nuestra admiración. Los vivos molestan á todo el mundo. Los muertos sirven para que medio mundo moleste al otro medio, recordando las virtudes de los difuntos. Procuren sacar todo el partido posible de su papel de muertos, que es el más airoso en esta tierra de los recuerdos... y de los olvidos fáciles. Ellos deben saber mejor que nadie cómo una corona de difunto puede convertirse en aureola.

* * *

Entre todos los personajes de nuestro teatro ninguno despierta tanta simpatía como Don Juan Tenorio. Ningún otro podría soportar la periódica reaparición con tanta seguridad de aplauso. ¡Es tan español este Don Juan, de Zorrilla, de quien hay que creer en empresas y amoríos, más por lo que dice que por lo que hace, como á casi todos nuestros políticos!

Y de un pueblo que adora á Don Juan, ¿no podrá decirse como á él mismo su amada: «Con Don Juan te salvarás ó te perderás con él?»

Confiemos, como Don Juan, en la infinita misericordia divina que le abrió las puertas del cielo, no por sus acciones, seguramente, sino por los bellos versos en que supo decirlas. ¿Por qué no han de pesar tanto en la justicia divina las bellas palabras como las buenas obras?



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

XXXV

Quien llamó á París *Cabotin ville* ¡vaya si supo ponerle nombre! Todo en ella reviste aspecto teatral, y no es extraño que los comediantes de París sean, si no los más artistas, los más actores del mundo; porque en todo parisién hay un comediante nato, y en toda parisiense ¡no se diga!

El proceso Steinheil es en estos comienzos de temporada, la pieza de mejor éxito, y lo será, por lo menos, hasta el estreno de *Chanteclair*. Sólo Rostand puede competir con esa admirable artista hembra, que es á la vez autora y actriz en la interesante obra representada. Hay que convenir en que cuenta con inteligentes *partenaires* para darle la réplica, y el público, por su parte, interviniendo en la acción, como el coro en la tragedia griega, contribuye á sostener el interés de la enredada trama, que para sí qui-

sieran todos los escritores *rocambolistass* y *sherlockholmistas* que en el mundo han sido.

Difícil será para los magistrados desenlazar la obra á gusto de todos, y de condenar á la protagonista, todos podrán exclamar con ella misma, y con mayor razón que Nerón: ¡Qué artista pierde el mundo! He ahí una mujer que no pudo ó no supo acertar con su camino. En el teatro hubiera llegado á *socia* de la Comedia Francesa. No le hubiera servido de poco, aparte las condiciones artísticas, su mano izquierda... ó su derecha ¡vaya usted á saber! con personajes políticos de talla. Obligada á emplear sus condiciones dramáticas en la vida, quizás el fin de su carrera sea lo más desastroso.

Eso sí; lo de *socia* no se lo quita nadie, y de la mejor sociedad.

De lo que han sido privadas las elegantes, con el rigorismo del presidente no permitiendo la entrada á las señoras, es de saber á qué atenerse respecto al último figurín para vistas de procesos sensacionales ¡Cuánta exquisita *toilette*, dispuesta para la ocasión, habrá quedado en esos roperos! ¡Infeliz señora; tan odiada por unos, tan compadecida por otros.. y tan envidiada por todos... Porque ¡vaya si se ha divertido en

este mundo! Y eso será lo que acaso no la perdonen, aunque su inocencia quedara demostrada.

* * *

Supongamos que en cualquier parte del mundo se hubiera estrenado una obra póstuma de tan gran artista como el maestro Chapí, y así hubiera sido esa obra—y no lo es ésta—lo más endeble é insignificante, ¡con qué respeto no hubiera asistido el público á la representación! El nuestro no lo entiende de esa manera y dió un lamentable espectáculo en el estreno de *El diablo con faldas*. Y eso con una obra que era de su agrado. Y es que esos *cines* del garrotín y de la machicha son grandes centros de cultura, y hay espectador que si no berrea y pateea y relincha y suelta cuatro palabrotas, se figura que no se ha divertido, y cuando asiste á otros espectáculos cambia de lugar, pero no de costumbres. Si el glorioso músico español, que tanto padeció en vida de esas irrespetuosidades de nuestro público, pudo, desde la región *donde asiste eternamente*, contemplar el estreno de su última obra, ¡qué satisfacción la suya haber abandonado este pequeño mundo! Cuando es-

pera todavía la iniciativa para erigir un monumento que dé testimonio á la posteridad, no de su gloria, pero sí de nuestra gratitud, ¡pateo, protestas, groserías!... ¿Es que ya no se perdona la gloria ni á los muertos?

* * *

Yo, que este año me sentía un poco muerto, con tantos honores. ¡Hay años felices! Un teatro con mi nombre. Ustedes no saben el efecto que produce ir por la calle y oír de pronto á unos señores que dicen: ¿Vamos á Benavente esta noche? ó ¿Qué *echan* hoy en Benavente? Yo procuro, por no hincharme de vanidad, suponer que se refieren á Benavente, provincia de Zamora; pero... vamos, me siento cadáver.

Además, mi retrato en el saloncillo del teatro Español. Gracias mil á sus amables directores; gracias también á Juan Antonio Benlliure, y más agradecido á todos, si ya que, por aquello de «los últimos serán los primeros», se acordaron de mí para anticiparme en vida este honor, no tardan en aumentar la galería con otros retratos que allí faltan, y que yo soy el primero en echar de menos, y mucho más cuan-

do el mío sobra—Sellés, Galdós, Dicenta,—y sólo nombro á los que son anteriores por orden cronológico en la historia del Teatro Español. Sólo en la seguridad de que más se atendió á facilidades de ejecución, por mis muchas desocupaciones, puedo aceptar una primacía que de ningún modo me corresponde. Y si alguien lo juzga falsa modestia, no sabe que yo tengo una vanidad tan grande que está por encima de esas vanidades. Yo quisiera ser cien veces mejor autor dramático de lo que soy, y ser, sin embargo, el peor de todos entre cien autores más que honran el Teatro Español. ¡España sobre todo y sobre todos!



XXXVI

El sentido moral indignado sería muy respetable si se indignara á tiempo y con absoluta justicia. Por ejemplo: con tantos malos maridos y peores padres como andan por todas las esferas sociales; con el que vive á costa de su mujer ó de la ajena; con el que no repara en transmitir á sus hijos dolorosa herencia de enfermedades, por lograr su bienestar con un matrimonio conveniente; con el funcionario torpe ó prevaricador; con el adulterador de substancias alimenticias; con el usurero sin entrañas; con el explotador sin conciencia... En todos éstos podía emplearse mejor esa indignación derrochada por ligeros indicios contra mujeres indefensas, siempre respetables. La descortesía masculina sería disculpa en este caso, y en otros parecidos, de lo mismo que con ella pensaban castigar. Si así son los hombres, se comprende que toda mujer de sentimientos delicados procure evitarlos. De estas cosas, como de la influencia cleri-

cal en el espíritu de las mujeres, como de todos sus extravíos, tiene siempre la culpa el hombre, por su grosería ó por su indiferencia. La mujer necesita una fe, un apoyo, una creencia en algo, humano ó divino. Si el hombre renuncia á ser el sacerdote de su casa, en doctrina y en ejemplo, ¿cómo impedir que la mujer acuda á otros altares, paganos ó cristianos? La mujer que acude al hombre de su cariño en demanda de ayuda y consejo y le oye contestar desalmado: «¡Déjame en paz! ¿Qué entiendo yo de eso? ¡Cosas de mujeres!» ¿No se sentirá desligada de él para siempre, por el corazón y por la inteligencia? «Gran cosa es entender un alma» — dijo Santa Teresa. — Mientras los hombres ignoran el alma de la mujer, ¿pueden quejarse de que ella busque ser entendida? Por algo la Iglesia católica, gran conocedora de la psicología femenina, viste con traje talar á sus ministros. Sabe que sus mejores conquistas espirituales son las de las mujeres que llegan desengañadas de los pantalones. El confesor no dice nunca como el marido: «¿Qué entiendo yo de eso? ¡Cosas de mujeres!» El entiende de todo. Por eso domina sobre nuestras mujeres. No le culpen los hombres, ni las culpen á ellas; culpen-

se á sí mismos, y no se quejen de que el sacerdote llegue á ser padre de familia, cuando ellos no supieron ser los sacerdotes de su casa.

* * *

De todos los problemas que deben solicitar la atención de nuestros gobiernos, ninguno tan urgente, tan necesario como el aumento de sueldos. Existe una desproporción monstruosa entre el aumento de necesidades en la vida moderna y la mezquindad de los sueldos; aun los que parecen más excesivos por comparación con los inferiores. No hay derecho á exigir solicitud, diligencia, ni siquiera honradez, á servidores que carecen de lo necesario y han de aparentar lo superfluo.

Y mientras tan urgente resolución alcance á todos, me dirijo á la noble inteligencia y al gran corazón del nuevo director de Correos, señor Francos Rodríguez: ¿No cree de justicia — no he de invocar la compasión con tan recto espíritu — el aumento de retribución á los peatones de Correos, verdaderos parias entre los servidores del Estado? Todo el que haya residido algún tiempo en lugares donde estos humildes depo-

sitarios de tantos intereses prestan sus penosos servicios, sentirán que nada más justo ni más urgente. Y después... ¿olvidarán á los maestros y á toda esa clase media burocrática, tan desafiada, que nunca se declaró en huelga, ni alarmó con manifestaciones, ni tiene su Primero de Mayo, ni sus sociedades de resistencia, ni una lujosa casa donde congregarse?

Los gobiernos, demasiado preocupados con los que pueden hacer alarde de fuerza, se preocupan muy poco de los que sólo pueden hacer alarde de debilidad. Es preciso fortalecerlos, siquiera para contar con aliados el día de la gran batalla; porque al chocar de dos fuerzas contrarias y poderosas, nadie sabe lo que puede influir de un lado ó de otro la indiferencia de los neutrales que, cruzados de brazos, con la impasibilidad de la desesperación, exclamen: «¿Y á mí, qué?» Hay que procurar que todos tengan un por qué para luchar por algo.

* * *

El pueblo madrileño no ha podido demostrar sus simpatías al pueblo hermano en la representación visible de su monarca. Comprendo la

difícil situación de un gobierno que, si peca de confiado, puede incurrir en grandes responsabilidades, y si peca de previsor desagrada á todos, quizás á los mismos con tan excesiva solitud guardados. Los tiempos no están para excesivas confianzas; acaso tampoco para excesivos recelos. Lo mejor en estos casos es dejar algo en manos de Dios, ya que los ojos de la policía no pueden estar en todo, y algo también al corazón del pueblo, que siempre responde á toda confianza, y á quien siempre ofende todo recelo.

¡Triste cosa es que el temor á un loco ó á un malvado haya impedido al rey de Portugal conocer al pueblo madrileño! En cambio habrá conocido mejor nuestra política. Cuando tantas precauciones hay que tomar—se habrá dicho,—no hay duda, por aquí ha pasado un Juan Franco. En efecto, señor. Esperemos que vuestra majestad vuelva á visitarnos cuando ni en España ni en Portugal quede sombra de estas pesadillas. Sólo en los pueblos verdaderamente libres pueden pasear los reyes libremente. Ahora os lo podrá decir el rey Eduardo.



XXXVII

¿Se acaba la guerra? ¿No se acaba? ¿Se acabó ya? Todo hace esperar y creer que sí; sólo algunos espectadores del antiguo régimen echan de menos un final de efecto; alguna gran batalla decisiva; una apoteosis con bengalas y desfile general, como en zarzuela de espectáculo. No tienen en cuenta que la guerra moderna no admite esos finales de efecto preparado. Ya no son posibles caballos de Troya, buen cuadro final de una empeñada guerra; ni el asolamiento de ciudades y reinos, ni la cautividad de pueblos enteros. Hay que contentarse con un desenlace modesto, y es de notar que ahora les parece poca guerra á muchos de los que antes les pareció demasiada, y hubieran renunciado á todo por no vernos metidos en aventuras. No á ganar más, sino á conservar lo ganado debemos aspirar todos, y á que la gloriosa sangre vertida no sea infecunda, y esa será la mayor gloria de los que sucumbieron. Señores capita-

listas españoles: ya que no sea todavía ley el servicio obligatorio para vuestros hijos, se impone el servicio obligatorio para vuestro dinero.

* * *

De ser cierto lo que se murmura, el solar de la Zarzuela viene á ser como símbolo del solar de España. De una parte, los autores y músicos españoles pretenden reivindicar su dominio, como de propia casa solariega; de otra parte, una poderosa Compañía de electricidad, símbolo de la ciencia y de la vida modernas, pretende hacerlo suyo, y, por último, otra poderosa compañía, símbolo de obscurantismo, según muchos—aunque no es tan negro el cuervo como sus alas, y si de cerca se advierte, más que de cuervo tiene de cuco el pájaro,—aspira también á levantar una de sus mansiones, que algunos verían complacidos, como monumento expiatorio. ¿Quién vencerá? ¿El Arte? ¿La Ciencia? ¿La ola negra? ¡Admirable asunto para un poema simbólico! Me recuerda la explicación que daba un pintor, de más colores que luces, á la alegoría de un gran techo pintado por él, en un edificio consagrado á la enseñanza: «De

una parte los murciélagos del obscurantismo, huyendo de la luz; de la otra, los papagayos de la libertad, *personificando* el descubrimiento de América».

Debemos desear que, en esta lucha de Compañías, triunfe la que representa el Arte lírico español, más necesitado que nadie de templos, y, á no poder ser otra cosa, de capillas en que ofrecerle culto. Las Compañías de electricidad no necesitan un sitio céntrico; las otras, menos; tienen un público fiel que va á buscarlas, aunque sea al extrarradio. Todos sus parroquianos tienen coche propio y automóvil.

* * *

En la *Carmen*, de Merimée, como en la ópera de Bizet, inspirada en la novela, se sobrepone la pasión y la vida; verdad humana, á la verdad local; que, en este caso, debiera ser española y lo mismo pudiera ser japonesa, como en la *Butterfly*, de Puccini.

Esta funesta Carmen, con el contoneo de sus caderas, sus toreros, sus contrabandistas, sus trabucos y sus navajas, ha sido la mayor contribuyente á la representación de esa España de

pandereta, tan impresa en el extranjero, que nos señala como un pueblo aparte de Europa.

Una gran artista española se atiene, en la interpretación de Carmen, á la verdad del novelista y del músico. Es el deber de todo artista intérprete. La Carmen de Merimée y de Bizet es ésa. La mujer española, la andaluza en particular... ¿Son así? De ningún modo. Justamente en España, la mujer meridional es mucho más reservada, más casta en sus manifestaciones amorosas, que la mujer del Norte. Ninguna menos provocativa, como no sea por su propia belleza, que la mujer andaluza; ninguna que, aun muy bajo caída, guarde siempre más esqui- vos pudores.

Yo he visto bailadoras sevillanas que, en sus momentos de reposo, evocaban más el recuerdo de las vírgenes de Murillo que el de la Carmen de Merimée.

El baile andaluz, el verdadero baile andaluz, no el adulterado por escenarios franceses y españoles, es de un ritmo sacerdotal, religioso; como Romero Torres, pintor artista, lo representó en uno de sus cuadros.

Carmen es una calumnia más del extranjero. Un tipo de mujer que los franceses no debieron

buscar en España para darle más realidad. Mucho más parecido á Mad. Steinheil, sin ir más lejos, que á cualquier mujer española. Pero, en fin, digamos como el duque de Glocester en el *Rey Lear*: «No he de sentir desliz que dió tan buen fruto». Por admirar á una gran artista española, tan admirable intérprete de esa calumnia, démosla por bien empleada.

* * *

A propósito del *Rey Lear*. ¿No le parece á Enrique Borrás, único primer actor que *llena la escena de actor*, como en sus tiempos Valero, Rafael Calvo y Antonio Vico, que nos debe una interpretación de la tragedia de Shakespeare? Hay que agrandar y que engrandecer ese repertorio. Tan extraordinarias condiciones de actor no pueden limitarse al repertorio catalán; ni siquiera al castellano: Shakespeare, Ibsen, esperan su intérprete en la escena española. Ninguno como Enrique Borrás puede acometer esa empresa, que es de Arte... y de dinero.



XXXVIII

La Réjane, propietaria y empresaria del teatro que lleva su nombre, cansada de ver fracasar obras y obras, excepto *Raffles*, en que ella no tenía papel—otra contrariedad, capaz de entristecer el mejor éxito á una actriz directora,—ha discurrido convocar á la crítica, durante los primeros ensayos de las obras, para atender todos sus juicios y observaciones, y poder, con tiempo, reformar las comedias de acuerdo con ellos. De este modo, la obra sería de los críticos más que del autor, y, naturalmente, no habrían de meterse con ella al estrenarse. La crisis del teatro francés, acostumbrado á dominar en todo el mundo, es tan notoria, que empresarios y autores no saben cómo defenderse, y es natural que la Réjane, mujer inteligente, crea haber dado con la mejor solución. Pero, suponiendo que toda la crítica, ó una gran mayoría, por lo menos, fuera de una misma opinión respecto á las reformas, ¿no faltaría siempre el fa-

llo inapelable del público, más que espectador, colaborador insustituible en toda obra dramática? Difícil es explicar la causa: la psicología de las multitudes aún no se ha estudiado bastante; pero ¡es tan distinto el efecto de una comedia en la lectura ó ante un limitado auditorio, al que produce la misma comedia ante un público numeroso! Aun los que ya creyeron más seguro un juicio en el primer caso, sienten que la impresión es distinta, y no pueden substraerse á la influencia del público. En la lectura, en los ensayos, más que el efecto total de la obra, se aprecian el detalle, la finura de los trazos y de la observación. En las representaciones, todo esto se pierde, se funde en el conjunto, y el brochazo parece finísima pincelada, y la caricatura retrato, y lo más fuera de juicio, lo más encajado y, en cambio, primores de diálogo, sutilezas de observación, pasan inadvertidos.

Sucede muchas veces con las comedias como con algunas telas, que por el revés tienen mejor vista, y es lo mejor que puede sucederles, porque lo cierto es que el público siempre ve el revés de las comedias. Por eso, el autor hábil debe cuidar el tejido de las dos caras: la una, de

esmerado dibujo; la otra, de llamativos colores.

* * *

Por los teatros madrileños han causado la natural alarma no sé qué nuevas disposiciones de la autoridad, que amenazan complicar la ya difícil marcha de los negocios teatrales. Son las tales disposiciones, á lo que se dice, de lo más arbitrario é injusto que darse puede, y las empresas, muy cargadas de razón, se aprestan á protestar contra ellas. Si no es que, dada la buena armonía que entre ellas reina, y la natural y española satisfacción de quedarse sin los dos ojos por el gusto de ver al vecino tuerto, no les lleva á pasar por todo, como en otros asuntos que les interesan: las representaciones de tarde, por ejemplo, en el extranjero teatro Real, que nunca estuvieron permitidas, con excepción de las fiestas de Navidad, y que tanto perjudican á los teatros nacionales.

¡Dichoso país éste, en que gozamos de una Constitución y de Códigos que parecen garantizar todas las libertades y derechos individuales, para que después, cualquier tiranuelo de monterilla, entre ordenanzas, bandos y regla-

mentos de policía, deje Constitución y Códigos, derechos y libertades como para limpiarse las narices!

Trátase, según parece, con este nuevo atropello, de reglamentar el número de localidades que han de venderse en contaduría y las que han de venderse en despacho; del precio y sobreprecio que ha de fijarse en días de moda ó de estreno. Como si cada uno, y tratándose de algo que no es artículo de primera ni aun de última necesidad, como el teatro, no fuera dueño en su casa, de vender cuándo, cómo y á quién mejor le parezca.

Pero siempre fué achaque de nuestros gobernantes, altos y bajos, gobernar á gusto de sus amigos. Llega á casa de uno de ellos una señora amiga, muy sofocada:—¡Lo que pasa en este Madrid no pasa en ninguna parte!—¿Qué es ello?—le pregunta el señor de autoridad—Figúrese usted que yo quería ir esta noche al estreno de... ó á la inauguración ó á lo que sea. Mandó esta mañana por localidades, y me dicen que no queda ninguna. ¿Ha visto usted qué abuso?—¡Escandaloso! ¡Esas empresas abusan del público! ¡Habrás visto! ¡Vender todo el teatro! Hay que poner orden en ello.

Y ¡cataplúm!, al día siguiente *ukase* á rajatabla para que á la buena amiga no vuelva á sucederle lo de quedarse sin billetes á la hora que le acomode ir por ellos. Las felicitaciones de los amigos bastan á compensar al señor autoridad de las pestes y maldiciones de los molestados por sus sabias y bien meditadas disposiciones.

Como no se puede dar gusto á todo el mundo, es natural que se prefiera contentar á los amigos. Bien vale la pena de que los empresarios, pudiendo vender sus localidades anticipadamente, tengan la galantería de reservarlas para que, cuando á la buena señora amiga se le ocurra ir al teatro, tenga dónde escoger.

* * *

El divino Emperador de Alemania, en su deseo de fomentar por todos los medios la cría y reproducción de sus súbditos, se compromete á ser padrino del octavo hijo que se digne tener cualquier matrimonial pareja de su Imperio. ¿Cómo han de oponerse sus leales súbditos á tan amable «Creced y multiplicaos», de tanta fuerza como el divino precepto? Ya me figuro á

los matrimonios alemanes empeñados en esta especie de juego de la siete y media ó la treinta y una. Cuando una señora, cansada ya de juego tan poco divertido para ella, se atreva á decir con cuatro ó cinco: «¡Me planto!» Su marido replicará furioso: «¡Cómo! ¿Vas á plantarte en tan buen punto? Carta, señora. ¡Hay que abatir con ocho! ¡Cualquiera renuncia al honor de llamar compadre al Emperador!

Estas naciones montadas militarmente, y en las que todo ha de estar montado por el mismo orden, son un puro contrasentido. Por un lado, prohíben á los jóvenes contraer matrimonio mientras están sujetos al servicio militar; prohíben el matrimonio de los subalternos y dificultan el de los oficiales hasta cierta graduación y cierto sueldo. Y por otra parte, todo es achuchar á los ciudadanos pacíficos para que no se paralice la producción de soldados. ¡Cualquiera entiende el lío! Hay que contar también con que, ocupados en el servicio militar los campesinos más jóvenes y vigorosos, la producción de las tierras decrece, y hay menos probabilidades de que los recién nacidos puedan traer un pan debajo del brazo. Pero, ¿qué importa? Con que traigan brazos para coger el

fusil de mayores, el Emperador se da por contento. Antes que en el campo de batalla hay que vencer al enemigo en lo que Góngora llamó «campo de pluma». Esto es lo que se llama la Nación armada, en paz y en guerra. ¡Oh! ¡Felices los matrimonios alemanes que, cuando ya estén más disgustados de la vida matrimonial, todavía continuarán en buenas relaciones con el consuelo y la satisfacción de complacer á su Emperador!

Lo que decía aquel matrimonio que fué al teatro con sus chicos: «Nosotros no nos divertimos nada, pero los niños se han reído mucho».

